

diocesanos, para que avisados y cuerdos levanten los ojos á la herencia inmortal de sus destinos. ¡Ojalá vivan, en este valle de peregrinación, con la mira puesta en la vida de arriba, que es la vida verdadera, gozando anticipadamente de los frutos del divino Espíritu, el fruto aquel dichosísimo que es... la paz anunciada á los hombres de condición generosa y novísimas santas aspiraciones.

Sacerdotes, que alzéis al Padre Eterno la hostia de propiciación, no olvidéis á vuestro Prelado en el santo sacrificio y en vuestras fervorosas oraciones. Virgenes consagradas á Dios, levantad vuestras manos al cielo suplicando para vuestro Padre luz y acierto, fortaleza y constancia. Fieles y amados diocesanos todos, á vuestra piedad nos encomendamos; para que tan interesados vosotros por la rectitud y acertado gobierno de vuestro Obispo, cumplamos fielmente con nuestro grave y delicado ministerio. Ya sabéis que nosotros debemos tener presentes en todos los actos de la vida, y pedir, y velar y vivir para vosotros. Orad por vuestro Prelado y prestadle vuestro cariño y confianza. A nada más aspiro: con ello espero en Dios que seremos salvos, seremos felices para siempre.

Yo invoco á este fin la intercesión de la inclita Santa Teresa, cuyo sagrado cuerpo y corazón admirable besaba ayer con lágrimas, y bajo cuya sombra y valioso amparo me acojo. Invoco á vuestro Patrono y hermano mío, el ángel de paz San Juan de Sahagún; invoco especialmente el omnipotente valimiento de la excelsa Madre de Dios, en cuyo día más glorioso, día de su tránsito y asunción á los cielos, día de universal regocijo en toda la Iglesia, y titular de nuestra basílica Catedral, me ha cabido la satisfacción de derramaros solemnemente mis primeras bendiciones.

Recibidlas de continuo, con abundancia de dones celestiales, como prenda de la amistad con Dios, y libramiento de todo mal, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo—Amén.

Dadas en nuestro Palacio Episcopal de Salamanca, á 19 de Agosto de 1885.—FR. TOMAS, Obispo de Salamanca.—Por mandado de S. S. Ilma el Obispo mi Señor, DR. PEDRO GARCÍA REPIA, Pro-Secretario.

LA TESIS

Salamanca 12 de Setiembre de 1885.

DOCUMENTO IMPORTANTÍSIMO

El señor Duque de Madrid ha dirigido la siguiente carta á nuestro queridísimo y respetable amigo el Marqués de Valde-Espina:

«Viareggio 4 de Setiembre de 1885.—Mi querido Valde-Espina: La noticia de la usurpación cometida por los alemanes en las Carolinas viene á perturbar dolorosamente la paz de que aquí gozaba, rodeado de toda mi familia.

«Una sola consideración calma algún tanto mis ansiedades. Tú ya sabes, porque conmigo compartiste las tristezas del destierro, hasta qué punto la distancia aquilata y depura el amor á nuestra adorada España, y cuánto se acrece la susceptibilidad del patriotismo con la ausencia.

«Acaso mi corazón se exagera peligros que le parecerían pueriles si yo tuviese la incomparable dicha de habitar entre vosotros.

«Pero si los sucesos me obligan á renunciar á esta última esperanza, y si el honor y la bandera de España necesitan ser defendidos con las armas en la mano, quiero que aquel día sepan todos vuestros amigos que yo los autorizo á combatir por esos sagrados objetos. Más aún que autorizarlo: se lo ruego.

«Para los que me habéis acompañado durante mi permanencia en España, no era tal declaración necesaria. Os consta que todo interés personal lo pospongo á la integridad de la patria.

«Pero lo que vosotros no ignoráis repítalo á todos tu palabra autorizada, para que sepan los que vayan á dar su sangre por España que serán seguidos por mí con admiración, con aplauso; y, ¿por qué no decirlo? con envidia.

«Que Dios te guarde, mi querido Valde-Espina, como de corazón lo desea tu afectísimo,

«CARLOS»

EL LIBERALISMO ES PECADO

XXII

DE LA CARIDAD EN LO QUE SE LLAMA LAS FORMAS DE LA POLÉMICA, Y SI TIENEN EN ESO RAZON LOS LIBERALES CONTRA LOS APOLOGISTAS CATÓLICOS.

Mas no es este último principalmente el terreno en que coloca la cuestión el Liberalismo, porque sabe que en el de los principios sería irreme-

diablemente vencido. Mas á menudo acusa á los católicos de poca caridad en las formas de su propaganda, y en este punto es donde, como hemos dicho, suelen hacer especial hincapié ciertos católicos, buenos en el fondo, pero resabiados de la maldita peste liberal. ¿Qué hay, pues, sobre el particular?

Hay lo siguiente: que tenemos razón los católicos en esto como en lo demás, y no la tienen ni sombra de ella, los liberales. Fijémonos para esto en los siguientes puntos.

1.º Puede claramente el católico decir á su adversario liberal, que lo es. Nadie pondrá en duda esta proposición. Si tal autor ó periodista ó diputado empieza por jactarse de Liberalismo, y no oculta poco ni mucho sus ideas ó aficiones liberales, ¿qué injuria se le hace en llamarle liberal? Es principio de derecho: *Si palam res est, repetitio injuria non est*: «No hay injuria en decir lo que está á la vista de todos.» Mucho menos en decir del prójimo lo que él mismo dice á todas horas de sí. ¿Cuántos liberales, no obstante, particularmente del grupo de los mansos ó templados, tienen á gran injuria que los llame liberales ó amigos del Liberalismo un adversario católico?

2.º Dado que el Liberalismo es cosa mala, no es faltar á la caridad llamar malos á los defensores públicos y conscientes del Liberalismo.

Es en sustancia aplicar al caso presente la ley de justicia que se ha aplicado en todos los siglos. Los católicos de hoy no hacemos innovación en este punto, nos atenemos á la práctica constante de la antigüedad.

Los propaladores y fautores de herejías han sido en todos los tiempos llamados herejes, como los autores de ellas. Y como la herejía ha sido siempre considerada en la Iglesia como gravísimo mal, á tales fautores y propaladores ha llamado siempre la Iglesia malos y malvados. Regístrense las colecciones de los autores eclesiásticos. Véase cómo trataron los Apóstoles á los primeros heresiarcas; y cómo siguieron tratándolos los fautores Padres, cómo los han seguido tratando los modernos controversistas y la misma Iglesia en su lenguaje oficial. No hay, pues, falta de caridad en llamar á lo malo, malo; á los autores, fautores y seguidores de lo malo, malvados; y al conjunto de todos sus actos, palabras y escritos, iniquidad, maldad, perversidad. El lobo fué llamado siempre lobo á secas, y nunca se creyó hacer mala obra al rebaño ni á su dueño con llamarle y apostrofarle así.

3.º Si la propaganda del bien y la necesidad de atacar el mal, exigen el empleo de frases duras contra los errores y sus reconocidos corifeos, éstas pueden emplearse sin faltar á la caridad. Es este un corolario ó consecuencia del principio anterior. Al mal debe hacérsele aborrecible y odioso; y no puede hacérsele tal sino demostrándolo como malo, y perverso, y despreciable.

La oratoria cristiana de todos los siglos autoriza el empleo de las figuras retóricas más duras contra la impiedad. En los escritos de los grandes atletas del Cristianismo, es continuo el uso de la ironía, de la imprecación, de la execración, de los epítetos depresivos. La ley de todo esto debe ser únicamente la oportunidad y la verdad.

Hay otra razón además. La propaganda y apologética popular (que siempre es popular la religiosa) no puede guardar las formas enguantadas y sobrias de la academia y de la escuela. No se convence al pueblo sino hablándole al corazón y á la imaginación, y éstos sólo se emocionan con la literatura calurosa y encendida y apasionada. No es malo el apasionamiento, producido por la santa pasión de la verdad. Las llamadas intemperancias del moderno periodismo ultramontano, aparte de ser muy flojas comparadas con las del periodismo liberal (ejemplos recientes tenemos por ahí cerca), están justificadas con sólo abrir

por cualquier página las obras de los grandes polemistas católicos de los mejores tiempos.

El Bautista empezó por llamar á los fariseos «raza de víboras.» Cristo Dios no se abstuvo de apostrofarlos con los epítetos de «hipócritas, sepulcros blanqueados, generación malvada y adúltera,» sin que creyese por ello manchar la santidad de su mansísima predicación. San Pablo decía de los cismáticos de Creta, que eran «mentirosos, malas bestias, barrigones, perezosos.» Al seductor Elías Mago, llamábale el mismo Apóstol «hombre lleno de todo fraude y embuste, hijo del diablo, enemigo de toda verdad y justicia.»

Si abrimos las colecciones de los Padres, no topamos más que con rasgos de esta naturaleza, que no dudaron emplear á cada paso en su eterna polémica con los herejes. Citaremos tan sólo uno que otro de los principales. San Jerónimo, disputando con el hereje Vigilancio, le echa en cara su antigua profesión de tabernero, y le dice: «Otras cosas aprendiste (y no Teología) desde tu temprana edad, á otros estudios te has dedicado. No es por cierto cosa que pueda ejecutar bien un mismo hombre, averiguar el valor de las monedas y el de los textos de la Escritura; catar los vinos y tener inteligencia de los Profetas y de los Apóstoles.» Y se ve que el santo controversista les tenía afición á esos modos de desautorizar al adversario, pues en otra ocasión, atacando al mismo Vigilancio, que negaba la excelencia de la virginidad y del ayuno, pregúntale con festivo donaire, «si lo predicaba así para no perder el consumo de su taberna.» ¡Oh! ¡cuántas cosas hubiera dicho un crítico liberal si eso hubiese escrito contra un hereje de hoy uno de nuestros controversistas.

¿Qué diremos de San Juan Crisóstomo en su famosa invectiva contra Eutropio, que en personal y agresiva no tiene comparación sino con las tan agrias de Cicerón contra Catilina ó contra Verres? El melifluido Bernardo no era ciertamente de miel al tratar con los enemigos de su fe. A Arnaldo de Brescia (gran agitador liberal de su siglo) le llama con todas sus letras «seductor, vaso de injurias, escorpión, lobo cruel.» El buen Santo Tomás de Aquino olvida la calma de sus frios silogismos para dirigirse en vehemente apóstrofe contra su adversario Guillermo de Saint-Admour y sus discípulos, y llamarlos á boca llena, «enemigos de Dios, ministros del diablo, miembros del Antecristo, ignorantes, perversos, réprobos.» Nunca dijo tanto el insigne Luis Venillot. El dulcísimo San Buenaventura increpa á Geraldo con los epítetos de «imprudente, calumniador, espíritu maléfico, impío, impúdico, ignorante, embustero, malhechor, pérfido, insensato.» Al llegar á esta época moderna, se nos presenta el tipo encantador de San Francisco de Sales, que por su exquisita delicadeza y mansedumbre mereció ser llamado viva imagen del Salvador. ¿Creéis que les guardó consideración alguna á los herejes de su tiempo y país? ¡Cál! Les perdonó sus injurias, les colmó de beneficios, procuró hasta salvar la vida á quien había atentado contra la suya. Llegó á decir aún á su rival: «Si me arrancáseis un ojo no dejaría con el otro de miraros como hermano.» Pues bien; con los enemigos de su fe no guardaba clase alguna de temperamento ó consideración. Preguntado por un católico si podía decir mal de un hereje que exparecía sus venenosas doctrinas, le contestó: «Sí, podeis, con tal que no digáis de él cosa contraria á la verdad, y sólo por el conocimiento que tengáis de su mal modo de vivir; hablando de lo dudoso como dudoso, y según el grado mayor ó menor de duda que sobre eso tengáis.» Más claro lo dejó dicho en su *Flotea*, libro tan religioso como popular. Dice así: «Los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia deben ser vituperados lo más que se pueda. La caridad obliga á cada cual á gritar «¡al lobo!» cuando éste se ha metido en el rebaño, y aun en cualquier lugar que se le encuentre.»